

## XI.

La hermosura de Dios y su revelacion. En qué consiste la bienaventuranza. La belleza como atributo del Verbo. La Iglesia de Cristo. El mundo.

67. Que Dios, siendo como es bondad esencial, es tambien necesariamente la belleza por esencia, lo hemos declarado arriba (53); esta es una verdad que no necesita de ninguna otra prueba para establecerse firmemente en el ánimo de toda persona que se haya formado una idea verdadera de la belleza y de su valor psicológico. El bien sumo es necesariamente objeto

y bueno; y por el contrario, la complacencia en la hermosura puede darse independientemente de semejante conviccion. Y despues por via de explicacion añade en una nota: «Lo bello puede ser á la verdad y aun tiempo mismo verdadero y bueno. Una hermosa poesia v. gr. ó un discurso bello puede muy bien coincidir en su fondo con las leyes de la verdad y del bien: pero no es necesario que coincida para que nazca el sentimiento estético; antes puede existir este sin semejante conformidad.» Razon y mucha tuvo pues Herder para esclamar indignado contra esta perversion de toda filosofia, especialmente tal como se muestra en la *Critica del juicio estético* de Kant, en estos términos: «Los hombres de bien se esforzaron siempre por dar á entender que lo bello es la representacion de lo bueno, á fin de promover con sus hechizos la virtud; y nosotros alargamos una mano glacial para separar sin piedad lo que la naturaleza ha unido suavemente en nuestro ánimo ¿Acaso el batir las palmas llenos de júbilo al pasar por el árido y mezquino terreno que se ofrece diciendo que «lo bello no ha menester ser bueno ni verdadero», como si pasáramos al lado del descubrimiento más sublime para la razon, de lo puramente divino, no es por ventura una cosa altamente estéril, y por lo mismo una cosa formalmente vacia? A la verdad si esto no es una profanacion de lo más noble que hay entre los hombres, del arte, del talento, del sentimiento, de la razon, no sé qué otra profanacion pueda darse (Kalligone, 3, XIV.).

del amor más intenso que puede sentir el espíritu racional: este puro amor es al mismo tiempo por su naturaleza el deleite más perfecto que puede haber para él. «¿Qué cosa hay tan admirable,» dice siguiendo esta razon el mismo San Basilio el Grande, «como la hermosura de Dios? ¿qué cosa más suave que la consideracion de su gloria? (1) ¿qué deseo puede conmovér al alma con una fuerza igual á la del vivo anhelo que Dios inspira en las almas cuya pureza es tal que pueden decir: «Mi corazón está todo abrasado de amor?» Es inefable, no hay imagen ni semejanza alguna que pueda dar una idea del esplendor de la divina belleza; no hay lengua que la pueda declarar, ni oído capaz de percibirla. Ahora la llares estrella de la mañana, ahora la compares al tibio esplendor de la luna ó á la refulgente claridad del sol, todo es pálido ante la magestad de su luz, y más oscuro en su presencia que las tinieblas de la noche comparadas con la luz del mediodia. Esta belleza no la perciben los ojos de la carne; solo el espíritu puede contemplarla. Con todo cuando se muestra aun que de lejos á las almas santas, deja su corazón llagado con un deseo tan encendido, que les hace decir entre suspiros: «¡Ay de mí, que mi desierto se ha prolongado! Sedita está mi alma

(1) Τι οὖν κάλλους θείου θαυμασιώτερον; τίς ἐννοια τῆς τοῦ θεοῦ μεγαλοπρεπειας χαϊεστερα.

del Dios vivo y fuerte. ¡Cuándo será, que yo llegue, y me presente ante la casa de Dios!» (1). Porque no el gozo de la vision, sino el anhelo, el encendido deseo de ella es la condicion del alma que ha llegado á conocer la hermosura de Dios mientras habita «un cuerpo que camina á la corrupcion, y una casa de tierra que hácia la tierra tiende.»

No es esto decir que Dios en su bondad no conceda á sus fieles aun aquí bajo alguna participacion del gozo de su hermosura. La historia de la mística nos suministra muchos hechos que prueban lo contrario, tales como el que ha cantado felizmente uno de nuestros poetas:

«De todas las cosas bellas, Amando elige para sí la más bella... Una vez se le mostró lo que á ninguna lengua es dado expresar. «¿No es esto que veo,» dijo, «el reino y las delicias del cielo? Todas las penas juntas no son mérito bastante para este contento.» La belleza del que es infinitamente bello se le apareció bajo la forma de sabiduría eterna. Salía como la estrella de la mañana, mostrándose con la aurora al levantarse el sol. La inmortalidad era su corona; su vestido la gracia. Su boca destilaba al hablar los más suaves hechizos; y ella, ella era la delicia de las delicias, la plenitud del contento» (2).

---

(1) Bas. Reg. fuis tract, resp. ad interrogat, 2. n. 1. (ed. Maur. t. 3. pág. 337.)

(2) Herder. V. Diepenbrock, vida y escritos de Enrique Suson, llamado Amando.

Pero aun fuera de tales y tan extraordinarias é inaccesibles apariciones de la gloria de Dios á los ojos del espíritu que aun hace su peregrinacion sobre la tierra, es indudable que todo acto perfecto de verdadero amor de Dios produce en los corazones puros la más suave alegría: y no sin razon dice el sábio Pallavicini (1), que las almas muy escogidas y consumadas en la fé y la caridad, como la de la Madre del Salvador, deben de sentir en el trato y conversacion con Dios solo de pensar que es infinitamente bueno, soberanamente feliz por sí mismo, una felicidad

Tal, che nel fuoco faria l' uom felice.

(Dante, Parad. cant. I.)

Sin embargo, aun estas almas elegidas no pueden gozar plenamente la belleza por esencia mientras no «haya amanecido el día de la eternidad» «mientras no haya salido en su corazon la estrella de la mañana.» La razon es porque la alegría que nos viene de las perfecciones y felicidad del objeto amado, depende de la perfeccion con que le contemplamos (13); y así no será perfecta la alegría ínterin pueda crecer esta contemplacion en claridad, fijeza y certidumbre. Ahora bien, el conocimiento de Dios y de su bondad y bienaventuranza, que nos dá la fé,

---

(1) Del bene l. l. c. 40.

es oscuro é imperfecto aun en las almas de mayor santidad; y el mismo conocimiento originado de la contemplacion mística «tiene sus límites mientras en esta vida se interpongan representaciones corpóreas que quiebran los rayos de la luz espiritual y ponen division entre Dios y el alma» (1).

Solo cuando la fé se convierte en vision y la esperanza en posesion, y cuando el amor queda solo, es cuando comienza para aquellos predestinados y para todos los elegidos el gozo colmado de la divina belleza, elemento esencial y el más excelente sin duda de que se forma la eterna felicidad que ha de coronarlos. En la luz sobrenatural de la vida eterna habrán de contemplar la verdad increada «como ella es,» sin velo alguno ni otra especie de medio, sino descubiertamente, «cara á cara.» Pero la verdad increada es al mismo tiempo abundancia inagotable de todo bien: Dios es el Sér infinitamente bueno por sí mismo, el Sér bienaventurado por razon de su propia bondad sobre todo cuanto puede decirse ni pensarse. Delante del bien infinito no hay voluntad alguna libre; porque conociendo á Dios los escogidos como á bien infinitamente perfecto, les es imposible no amarle de todo corazon, con un amor tal que amen á Dios

---

(1) Goerres. introduccion á la vida y escritos del bienaventurado Enrique Suson por M. Diepenbrook.

solo por sí mismo, porque le ven como la única bondad por esencia; y en virtud de este amor ellos se amarán á sí mismos y á las demás cosas fuera de Dios solo con relacion á Dios y por su amor, pues verán claramente que solo de Dios tienen su bondad y solo por Dios son amables. Este amor les hace una sola cosa con Dios, les une á Él con el vínculo de la más verdadera y perfecta amistad, cumpliéndose en toda su extension la palabra del Salvador: «Ahora ya no os llamaré siervos sino amigos, porque todo lo que he oido de mi Padre, os lo he confiado.» Por este amor llegarán á hacerse suyas las perfecciones de Dios, las riquezas de Dios, el gozo y felicidad de Dios: porque «el amigo es un segundo yo» (2), «es la mitad de nuestra propia alma,» como dice con verdad el refran, y «todas las cosas son comunes entre los amigos.» Porque así como del conocimiento de Dios nace el amor de Él, así de esta perfecta union por amor se deriva necesariamente el tercer elemento de la bienaventuranza, el que forma su corona: el deleite, ó la alegría. «Cuán grande es el amor que tenemos á una persona, tanto es el contento que nos hace su dicha,» dice S. Anselmo de Cantorbery; «y así, la medida de la alegría que han de gozar los bienaventurados, será su amor, así como la

---

(2) Amicus alter ego; animae dimidium meae. Amicorum esse omnia communia. (Cic. de amic.)

medida de su amor será el conocimiento que tengan» (1). Ya probamos antes este pensamiento, y lo hemos repetido varias veces. Si el deleite es inseparable del amor propiamente dicho; si cada uno de los actos de este amor es á un mismo tiempo un acto de alegría, y de alegría tanto más suave cuanto es el amor más íntimo, los bienes del amado más excelentes, más duradera su dicha, más claro el conocimiento de él; síguese con evidencia que el amor acabado del bien infinito está unido con la clara vision de él, con el conocimiento perfecto de todas las riquezas de su ser, de todas sus perfecciones, de su felicidad toda, pudiendo decirse que semejante amor será la suma dicha que es dado alcanzar al espíritu criado. Así queda confirmada aquella sentencia del Salvador: «Yo soy tu protector y tu galardón sobre manera grande» (2), y vendrán á Sion cantand alabanzas coronados de gozo sempiterno: «disfrutarán de un celestial placer y contentamiento» (3), y «les harás beber en el torrente de tus delicias. Porque en tí está la fuente del vivir» (4). Así se ofrece en todo su esplendor ante los ojos de la criatura la belleza esencial:

(1) Quantum quisque diligit aliquem, tantum de bono ejus gaudet.... Utique tantum gaudebunt, quantum amabunt; tantum amabunt, quantum cognoscent. Anselm. Pros. ol. c. 15 22. Ed. Maur. p. 35.

(2) 1. Moys. 15, 1.

(3) Isaias, 35, 10.

(4) Ps. 35-9, 10.

bondad esencial cuya vision perfecta hace las mayores delicias del espíritu inteligente (1).

68. ¿Pero dejaría Dios de ser absolutamente la belleza esencial, si no se hubiera dignado llamar á la vida séres á quienes hacer partícipes de su propia dicha; si por efecto de una liberalidad incomprendible no hubiera querido juntar con su corazon en calidad de amiga, transfigurándola, á la criatura que con solo poderse llamar sierva suya debería de tenerse por dichosa? De ningun modo. Porque conociéndose á si mismo eternamente, amando eternamente su bondad infinita, siendo eternamente feliz con el gozo de este infinito amor, Dios es desde la eternidad, aun de adas aparte las criaturas, «la bondad esencial cuya vista hace bienaventurado al espíritu inteligente.»

No cremos deber pasar en silencio una observacion teológica que en este momento se ofrece poderosamente á nuestro ánimo. Los Santos Padres atribuyen *per appropriationem* la belleza, atributo de la naturaleza divina, á la segunda persona de la Santísima Trinidad (2). Esta atri-

(1) Segun Santo Tomás (S. 1. 2. p. q. 8. a. 4. 3.) la esencia de la beatitud consiste en la *vista* de Dios; segun Scotto (in IV. dist. 49, q. 5.) en el *amor*, y segun Aureolo (véase á Vasquez en 1. 2. disp. II. c. 2. 3.) en el *gozo*. Nosotros creemos con Pallavicini (del Bene, 1. 1. c. 39, 40.), que estas tres maneras de considerarla están enlazadas admirablemente: la esencia de la bienaventuranza consiste en la vision, en el amor y en el gozo. (Respecto al concepto de la belleza no estamos conformes con Pallavicini.)

(2) Aeternitas est in Patre, *species in imagine*, usus in munere.

bucion puede explicarse de este modo: La segunda persona de la Santísima Trinidad, el Verbo, es «Dios en cuanto es en sí mismo como lo entendido en el que entiende» (1). Por esta razón atribúyese al Verbo *per appropriationem* aquellas propiedades de la naturaleza divina que le convienen en cuanto es objeto del conocimiento que tiene de sí misma. Bajo este respecto la naturaleza divina es no solo la verdad suprema y el fundamento último de toda verdad, sino junto con esto eternamente feliz con aquella felicidad consiguiente al sumodeleite que está necesariamente vinculado en el amor del bien absoluto *por la contemplación* de este bien en el Verbo, —ó para decirlo en otras palabras, la belleza absoluta.

Aun podemos añadir que así como la Divinidad se vé á sí misma en el Verbo, así también se dá á conocer en Él *ad extra*, es á saber, revélase

---

dice San Hilario de Poitiers (de Trin. l. 8 paulo post princ. en Santo Tomás S. l. p. q. 39. a. 8. c.) Y San Basilio el Grande: Ἐνεκεδιήγητον δὲ καὶ ἄρρητον τὸ τοῦ λόγου κάλλος, καὶ ἡ τῆς σοφίας ὠραιότης, καὶ ἡ τοῦ θεοῦ ἐν τῇ εἰκόνι αὐτοῦ μορφή. (In ps. 44 n. 6.)

(1) V. Thom. Compend. Theol. ad Fr. Reginald. (opusc. theol. 3 al l.)—Hé aquí otro lugar de Santo Tomás sobre el mismo punto, el cual he tenido presente para penetrarme del verdadero sentido. Oportet igitur quod Deus in seipso sit ut intellectum in intelligente: intellectum autem in intelligenti est intentio intellecta et verbum: est igitur in Deo intelligente seipsum verbum Dei quasi Deus intellectus, sicut verbum lapidis in intellectu est lapis intellectus. Hinc es, quod Joann. l. dicitur Verbum erat apud Deum. Contr. Gent. l. 4. c. 11. N. d. T.

su infinita bondad y hermosura. La segunda persona de la Santísima Trinidad, la sabiduría eterna, «ejemplar de todas las cosas,» es la que en el principio del tiempo, en los días de la creación, estaba con el Eterno «disponiendo todas las cosas, holgándose continuamente en su presencia» (1); la que en la plenitud de los tiempos, vestida de nuestra humanidad, «el más gentil en hermosura entre los hijos de los hombres» (2) «se dejó ver sobre la tierra, y conversó con los hombres» (3) «siendo todas sus delicias el estar con los hijos de los hombres» (4); por último la en que se manifestaría en la consumación de los tiempos la gloria de Dios eternamente á los bienaventurados. Pues «como Dios ha criado todas las cosas por su Verbo,» dice San Agustín, «es este mismo Verbo, Jesucristo, el Señor en quien descansan en santo silencio los ángeles y todos los purísimos espíritus celestiales» (5). De esta suerte la belleza se muestra muy bien como una perfección especial de Aquel que es llamado en la Escritura «el resplandor de la luz eterna, y un espejo sin mancilla de la majestad de Dios, y una imagen de su bondad» (6). Por donde se

(1) Prov. 8-30.

(2) Ps. 44. 2.

(3) Baruch, 4. 38.

(4) Prover. 8. 31.

(5) Fecit autem omnia per Verbum suum ejus: ipse est Christus, in quo requiescunt Angeli et omnes coelestes mundissimi spiritus in sancto silentio. Aug. de catechiz. rud. c. 17. n. 28.

(6) Sabid. 8. 31.

vé la razon de llamarse á sí misma la eterna sabiduría «madre del amor hermoso» (1), esto es, primer principio y fin último del amor de la verdadera belleza.

69. La cumplida manifestacion de la belleza de Dios en la pátria de los bienaventurados, de la cual hemos hablado, no es ciertamente única. Obscura sobre manera y en cierto modo velada «como en un espejo y bajo imágenes obscuras» (2), pero bastante visible la belleza divina se hace manifiesta en el doble orden de cosas que tienen á Dios por autor, es á saber, en el universo y en la Iglesia.

Si buscamos la cosa más bella entre todas las cosas individuales que hacen parte de la obra de Dios, no esperemos encontrarla en esta tierra fuera del hombre; porque solo él posee aquí bajo los elementos propios de la belleza, las perfecciones del orden intelectual y moral y del sobrenatural. Pero las cosas aisladas, por mucha que sea su grandeza, siempre son pequeñas y de escasa virtud para reflejar dignamente la belleza de Aquel que en la perfeccion absoluta de su ser encierra cuanta belleza puede concebir su mismo entendimiento, que es infinito; de Aquel que es «el Océano inmenso de la belleza.»

(1) Eccli. 24. 24.

(2) I. Cor. 13. 12.

como sábiamente le llamó Alcinoo (1). Al modo como por esta razon los hijos de la Jerusalem celestial, hechos una misma cosa con Dios y transformados por tanto en su divina luz, no solo poseen su respectiva belleza, pero sobre esto juntos en una gran comunidad forman la «ciudad santa» que en eterna virginal belleza descansa ante la presencia del Dios uno y trino, «compuesta como una novia engalanada para su esposo, no necesita sol ni luna que alumbren en ella; porque su lumbrera es el Cordero» (2); así en el orden de las cosas visibles no es en los seres individuales donde la manifestacion de la belleza divina toca á su más alta cumbre, sino en una comunidad, en una ciudad de Dios, que aunque diferente de aquella por varios respetos, todavía es una é idéntica en esencia con la misma. La Iglesia de Dios, sociedad visible, es lo que hay de más acabado, de más glorioso, de más sublime entre todas las obras de Dios en el tiempo. El Rey de los Reyes, el Hijo de Dios la ha hecho su adquisicion á costa de su vida, ha derramado sobre ella por su propia sangre tesoros de celestial belleza; cuanto bajo el cielo hay de bueno, de grande, de amable, todo lo ha puesto en sus manos con tesoros de luces sobrenaturales y celestiales gracias, con sus sacramentos

(1) Τὸ πολὺ πέλρατος τοῦ καλοῦ. Alcin de Doctr. Plat. c. 10.

(2) Apocal. 21. 2. 23.

y su sacerdocio, y sus oraciones; invencible por la virtud de Dios, inmortal por el espíritu del Eterno que la vivifica, invariable en medio de perpétuas vicisitudes, inmutable á la vista de lo que en torno suyo se está perpétuamente mudando, inmutable, decimos, como la palabra del que siempre permanece en un sér, guardadora del decoro y de las costumbres y de la verdad, imágen por la unidad indivisible de su fé y doctrina, de su gerarquía y del sacrificio de Aquel que es indivisiblemente uno y trino, reina del mundo de las almas, con el ramo de olivo de la amistad y del perdon en sus manos, ciñendo á su frente el lauro de celestial doctrina, la corona de palmas de los mártires y los lirios de la castidad: tal es la digna esposa del más hermoso entre los hijos de los hombres, á cuya «diestra» está como «Reina con vestido bordado de oro y engalanada con varios adornos» (1) «hermosa como la luna, brillante como el sol» (2) en los esplendores del amor puro de Dios y de toda virtud, «y el Rey se enamorará más de su belleza» (3). Cierta la parte principal de su vida

(1) Ps. 44. 10.

(2) Cant. de los Cant. 6. 9.

(3) *Qualis es dilectus tuus ex dilecto, o pulcherrima mulierum?* (Cant. 5. 9.) *Pulcherrima mulierum ecclesia est.... in qua omnis pulchritudo est, et deformitas non inest.... omnem pulchritudinem habens, et omni foeditate carens.... Pulcherrima est, decorem et confessionem induens, amicta lumine sicut vestimento. Pulcherri-*

está en una esfera invisible; cierto sus brillantes y sus perlas, su oro y el esplendor de sus vestidos, son de naturaleza espiritual, que la verdadera belleza solo hace su morada en el reino de los espíritus: pero tambien es la Iglesia de Dios un cuerpo formado de miembros, un templo construido de piedras visibles, una comunidad de hombres. Como la belleza del hombre, que aunque espiritual en sus elementos más excelentes, todavia se deja ver en lo exterior de él, así es la hermosura de la Iglesia; y así como la del hombre es verdaderamente una belleza visible, así tambien la hermosura de la Iglesia.

70. Accesible á los débiles ojos del hijo de la tierra, aunque sin la magestad que en la Iglesia, ni mucho ménos, manifiéstase la hermosura de Dios, su poder y sabiduría, su justicia y bondad en la existencia y conservacion de la naturaleza toda, en el universo considerado como la suma del órden natural y de la sucesion histórica de sus fenómenos. Ya indicamos que los Setenta traducen en el capítulo primero del Génesis: «Vió Dios todo lo que habia hecho y era muy bello» (1). Este pensamiento fué tambien el que

ma est, quæ vel ipsum lumen est, vel amicta lumine: per confessionem amicta lumine, per conversationem existendo lumen ipsum. Gillebert. Abb. in Cant. serm. 47. n. 3. (inter. opp. Bern. ed. Maur. t. 5. p. 161.)

(1) Καὶ εἶδεν ὁ Θεὸς τὰ πάντα ὅσα ἀποίησεν· καὶ ἰδοὺ καλὰ λίαν. Gen. 1. 31. ex Vers. Alexandr.